

H EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA, S. L. U.
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
 Director General: José Manuel Lozano Orús

Director: Miguel Iturbe Mach
 Subdirectores: Encarna Samitier (Opinión), Ángel Gorri (Información). Redactores Jefe: Enrique Mored (Aragón), Santiago Mendive. Jefe de Política: José Luis Valero. España,

Mundo y Economía: José Javier Rueda. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Internet: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino
 Comercializa: Metha. Gestión & Medios, S. L.
 Imprime: Impresa Norte, S. L.
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón, S. L.

LA FIRMA | La incapacidad de Europa para enfrentarse con firmeza a las crisis exteriores es consecuencia de la falta de cohesión interior. Al perder impulso y creatividad, las instituciones de la UE se alejan de los ciudadanos
 Por José Luis Martín Cárdbaba

Europa, a remolque



HERALDO

LA invasión de Iraq por Estados Unidos en 2003 hizo saltar el orden internacional diseñado en el Próximo Oriente por Gran Bretaña y Francia después de la I Guerra Mundial. EE. UU., en su papel de primera potencia, se estableció en la región como fuerza estabilizadora y garante del orden internacional. Ahora, tras el cruel protagonismo del Estado Islámico en la zona, Estados Unidos no quiere, o no puede, mantener ese papel de gendarme universal, aun habiendo impulsado una coalición internacional, y cede el protagonismo poco a poco a dos potencias regionales, Irán y Arabia Saudí. Europa, como en crisis anteriores, está desaparecida y ha sido arrastrada por la fuerza de los hechos. El Estado Islámico afecta seriamente a la Unión Europea, pero esta no pasa de los ejercicios retóricos de condena a que nos tiene acostumbrados. Adquirió el hábito de llegar a todas las crisis con retraso y después de pedir consejo y apoyo a los aliados americanos, tan denostados por otro lado en paréntesis de normalidad.

El enfrentamiento Rusia-Ucrania es otro asunto conflictivo que le ha estallado a las puertas de casa y por el que Europa está pasando como sobre ascuas. Esta crisis hay que achacarla, ciertamente, a la prepotencia imperialista de Putin. Lo que no ha comprendido Putin es que en el siglo XXI el poder de un Estado no depende de su extensión geográfica, sino de su potencial económico y de una amplia modernización social. Por ello, al haber sacrificado la europeización de Rusia a sus ambiciones políticas personales, atizó el conflicto con Ucrania, metiéndose en un laberinto del que no sabe cómo salir y que, consecuentemente, va para largo. Dos últimos ejemplos de la tibieza euro-

pea en escenarios internacionales serían el combate para frenar la expansión del ébola y la desgana interna para atajar contundentemente el fenómeno de la inmigración en su frontera sur, del que se desentienden los Estados del norte.

La reacción de la Unión Europea en estos escenarios pone de manifiesto que una política de intereses geopolíticos no puede desconectarse de una política de integración de la UE. De ahí la necesidad de consolidar el núcleo de la Unión, comenzando por el órgano de mayor solidez, la Eurozona, mediante un proceso dinamizador y continuado que haga ver a los ciudadanos que Europa no es una historia ya cerrada y compacta, pero que ese órgano superestatal debe al menos hablar con una sola voz en los foros internacionales, como si fuese una federación de Estados que van hacia la integración política. Así se evitaría el atrevimiento de Putin frente a una Europa insegura, dividida y tardana, cuyos ciudadanos están hartos de instituciones alejadas de la realidad y que, por ello, no se identifican con la idea europea.

Europa vive dos crisis graves: una exterior, la invasión rusa de Ucrania oriental; y otra interior, que afecta a su esencia como ente que exige a líderes y ciudadanos mayor integra-

«Francia debería superar el miedo a ceder soberanía política a Europa, lo mismo que Alemania debería renunciar a su sagrada soberanía económica»

ción política. Si no se pone remedio a esta crisis interior, se acabará con la solidaridad interestatal y saldrán vencedores los egoísmos nacionales. ¿Cómo es posible que en las últimas elecciones al Parlamento Europeo tuvieran tantos votos partidos abiertamente antieuropeos, como el Frente Nacional francés, el UKIP británico o el Syriza griego? ¿Hay mayor y más absurda perversión que meter al enemigo en tu propia casa para que te destruya? Esos partidos no son conscientes de que los problemas que atraviesan sus Estados no se resolverán mejor desde su perspectiva nacionalista egocéntrica y excluyente que desde la cohesión interestatal de una Europa más sólida, unida y decidida.

Francia debería superar el miedo a ceder soberanía política a Europa, lo mismo que Alemania debería renunciar a sus sagrados principios de soberanía económica. El Estado nacional es el marco más próximo al ciudadano, pero hay que agrandar ese cuadro sociopolítico dándole mayor panorámica de conjunto, con un gobierno europeo que sustituya ya al Consejo, con un Parlamento Europeo como primera cámara y con el establecimiento de los parlamentos nacionales como segundas cámaras o senados, para que desde sus particulares visiones nacionales contribuyan a la integración europea. Hay que volver a la creatividad y el empuje de los primeros años de Europa, terminando con ese coro desafinado y sin director, fruto de los particularismos nacionales. El exministro alemán de Asuntos Exteriores Joschka Fischer acaba de publicar un libro de análisis sobre el futuro de Europa con un título premonitorio 'Scheitert Europa?', '¿Fracasará Europa?'. La respuesta depende de nosotros.

HOY, LUNES 27

Santiago Mendive

LINDANO EN LOS IBONES

LOS estragos del lindano evidencian la falta de una planificación correcta desde hace años ante un problema que se detectó tarde, sobre el que se actuó mal y que continúa con un más que cuestionable traslado de residuos en Bailín debido a las deficientes características del suelo. La investigación de la Universidad de Zaragoza que ha detectado rastros o trazas de lindano nada menos que en un ibón en Panticosa, a casi 2.000 metros de altitud, constituye la plasmación más directa del fracaso ante un asunto en el que los poderes públicos no han sabido responder a tiempo ante una situación delicada. La lógica preocupación por el cierre temporal del agua de boca en algunas localidades se ha trasladado a los habitantes, muchos de ellos renuentes a volver a consumirla una vez levantada la prohibición. El Gobierno de Aragón y la CHE deberían redoblar sus esfuerzos para afrontar la crisis y ofrecer la máxima información, al mismo tiempo que es preciso continuar con la reciente vía judicial abierta contra los antiguos propietarios de la empresa. La contaminación del agua nada menos que en un ibón a 30 km de Sabiñánigo resulta inaceptable, al margen de que sean cantidades mínimas.

CON DNI

Antonio Casado

Olor a podrido

LA corrupción televisada nos ofrece a diario el minuto y resultado de la inmoralidad. Los ERE del PSOE, el Gürtel del PP o el Palau de CiU, como escándalos emblemáticos de las malas prácticas en la vida pública. Menciono deliberadamente a los tres costaleros políticos del régimen democrático de 1978 solo como réplica a la insostenible tendencia del nacionalismo catalán a interpretar sus propios escándalos como maniobras de Madrid.

Ocurrió en los primeros años ochenta, cuando el ya presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, calificó de «jugada indigna» lo que había hecho el Gobierno central (socialista, a la sazón) en el caso Banca Catalana, al acusar a Pujol de apropiación indebida. Nunca se aclaró el agujero de 20.000 millones de pesetas y el Estado tuvo que aflojar hasta 2.000 millones para evitar la quiebra de aquella caja registradora nacionalista.

Todo aquello se perdió en la polvareda por la mirada dis-

traída del Gobierno de Felipe González, a pesar del empeño por evitarlo de los fiscales Mena y Villarejo. Y en la polvareda se perdió también la denuncia formulada en sede parlamentaria por Pasqual Maragall, cuando en 2005 acusó a la CiU ya liderada por Artur Mas de cobrar el 3% a las empresas de obras públicas.

Ahora estos episodios cobran sentido a la luz de lo que vamos sabiendo sobre las andanzas del clan Pujol. Pero, sobre todo, semejantes precedentes equiparan al pujolismo con los dos protagonistas de los últimos treinta y tantos años de vida española. Al fin y al cabo es una forma de practicar el sucursalismo político que siempre negó este padre de familia tan poco ejemplar. No solo el político, como queda demostrado en sus dos operaciones de apoyo al Gobierno de la nación (1993 con los socialistas y 1996 con el PP). También cultivó el sucursalismo de la inmoralidad.

Las trapacerías de los Pujol desprenden el mismo olor a podrido que las de las dos fuerzas políticas sobre las que se basó la supervivencia de la democracia felizmente recuperada en 1978. Las tres están vinculadas a los tres grandes protagonistas de nuestra reciente historia: González, Aznar y Pujol. Lo que representa cada uno de ellos nos llega mancillado a estas alturas de la película.